



ÁLVARO VALLEJO CAMPOS
PLATÓN
el filósofo de Atenas

65



A.N. Whitehead dijo, quizás exageradamente, que toda la filosofía occidental era una anotación a pie de página de la obra de Platón. Pero no cabe ninguna duda de que Platón es uno de los grandes clásicos del pensamiento, y todavía hoy ejerce sobre nosotros una seducción irresistible. Sus obras escritas en forma de diálogos revelan un talento dramático extraordinario, que sabe implicar al lector en la reflexión sobre los grandes problemas que constituyen aún hoy la tarea del pensar. La filosofía platónica nació de su vocación política, y en este libro se muestra la relación de los temas más diversos que abordó en sus obras con el núcleo fundamental de sus preocupaciones ético-políticas.



Álvaro Vallejo Campos

PLATÓN

El filósofo de Atenas

MONTESINOS

Biblioteca de Divulgación Temática / 65

Primera edición:1996

© Álvaro Vallejo Campos

Edición propiedad de Literatura y Ciencia,S.L.

Diseño cubierta: Elisa N. Cabot

Ilustración: detalle de un grabado titulado

La creación del mundo, de Cayetano Ánsbal

ISBN:

Depósito legal:

Imprime: Novagrafik-Barcelona

Impreso en España

Printed in Spain



Atenea Pensativa. "Amamos la belleza con austeridad y la sabiduría sin relajación" (*Tuc. II 40*).

Prólogo

No hace falta justificar la existencia de un nuevo libro sobre Platón desde el punto de vista de la actualidad académica. La última bibliografía platónica¹ de la que tenemos noticia, correspondiente a los años 1992-94, contiene en sus ochenta páginas varios cientos de libros y artículos. La cuestión es si tiene sentido un libro más. Existen ya en castellano varios manuales sobre el pensamiento platónico, pero los alumnos que comienzan sus estudios universitarios sienten a veces la necesidad de un libro que les ofrezca en pocas páginas una panorámica de la filosofía platónica. Los actuales planes de estudios que sobrecargan de contenidos a los alumnos no dejan lugar muchas veces para digerir los varios cientos de páginas que contiene cualquier manual. A veces esta información está incluso presentada como comentario de cada diálogo, con lo que se hace más difícil llegar a tener una idea general y sistemática de la filosofía platónica en el tiempo que normalmente se le puede dedicar a ello. Este libro está dirigido a aquellos que quieren introducirse en la filosofía platónica, pero he pretendido en todo momento hacer conciliables dos exigencias. La primera de ellas consiste en adaptarme a las proporciones y características de esta colección. La segunda ha sido huir de una presentación meramente general que no entre de lleno en los contenidos fundamentales del pensamiento platónico. Me gustaría mucho pensar que este libro pudiera servir también para preparar un examen o una clase. En ese sentido, he procurado siempre dar suficientes indicaciones que permitan desarrollar lo que aquí se expone a veces de una forma más resumida.

1. Luc Brisson, *Plato Bibliography*, preparada para la Sociedad Internacional de Platonistas.

Las notas indican una bibliografía mínima que informa al lector de las fuentes más importantes que se han utilizado. Además he insertado en el texto numerosas citas que remiten a los diálogos, de manera que el lector interesado puede ampliar por su cuenta fácilmente los temas que más le interesen.

Este libro, como es natural, debe mucho a otros. Me complace reconocer la deuda contraída con los grandes comentaristas como Taylor, Cornford, Ross, Jaeger, Robin, Guthrie, Friedländer, Cherniss, Vlastos o tantos otros que, a veces, no podré siquiera citar en las siguientes páginas. También me gustaría recordar al profesor Pedro Cerezo, de la Universidad de Granada, que hace muchos años alentó mi dedicación a la filosofía platónica y especialmente al profesor Tomás Calvo, hoy en la Complutense, que dirigió mi tesis doctoral y ha tenido que soportar durante muchos años la pesada carga de leer y comentar todo lo que he escrito. Quiero agradecer también a Cayetano Ansbal su permiso para reproducir en la portada el detalle de un grabado suyo titulado "La Creación del Mundo".

Por último, me gustaría decir algo sobre el título. ¿Quién fue el filósofo de Atenas? Algunos podrían pensar inmediatamente en Sócrates, porque fue él verdaderamente el que bajó la filosofía del cielo a la tierra y las calles de su ciudad natal. Sin embargo, su figura debe hoy mucho al retrato de otros y en algunos aspectos los contornos de su pensamiento permanecen imprecisos para nosotros. Por el contrario, Platón ha legado a la posteridad una obra impresionante y yo me atrevería a decir que en ningún momento, ni siquiera cuando reflexionaba sobre las más intrincadas cuestiones del cosmos, olvidó los problemas en los que se debatía el destino de su propia patria. La virtud de un clásico está precisamente en su capacidad para situar los problemas de su propia existencia en una dimensión universal y creo que Platón ha logrado esto como pocos pensadores. A lo largo de las siguientes páginas he procurado tener presente siempre aquellas motivaciones éticas y políticas que constituyen el suelo desde el que se levanta el edificio impresionante de la filosofía platónica.

Introducción

Antecedentes históricos.

Es muy difícil llegar a comprender el pensamiento de Platón, si no tenemos en cuenta las circunstancias históricas en las que estaba inmersa Atenas en el último tercio del s.V. a. de C. y las influencias filosóficas que fue asimilando al hilo de su profunda preocupación por los problemas sociales. Platón nació en el año 427 a. de C. y murió a los ochenta años en el 347. Esto quiere decir que pudo ver a Atenas en la plenitud de su grandeza y que, al mismo tiempo, durante los primeros treinta años de su vida, asistió al declive que la llevaría finalmente a la derrota ante Esparta en la Guerra del Peloponeso. En los últimos años de este conflicto, en el que se vieron involucrados la mayorfa de los pequeños estados griegos, debió presenciar igualmente las dos revoluciones oligárquicas del 411 y el 404 a.C. que desgarraron a la ciudad, y poco después la restauración de la democracia. En los años sucesivos, hasta el momento de su muerte, conoció el declive posterior de Esparta, el establecimiento de Tebas como potencia hegemónica y finalmente el surgimiento del poder macedónico bajo el mando de Filipo.

El pensamiento de Platón tiene enormes dimensiones que se proyectan en direcciones muy diferentes y sería, por tanto, caer en un reduccionismo unilateral la pretensión de presentarlo como un filósofo centrado exclusivamente en problemas políticos o sociales. Pero cuanto más reflexionamos sobre los verdaderos motivos de los que nace su pensamiento mejor comprendemos

la unidad de toda su doctrina filosófica incluso en aspectos aparentemente alejados. Platón consideraba gravemente amenazado el espíritu de concordia y unidad que había hecho posible la vida en la *polis* y toda su vida luchó por aportar soluciones que contribuyeran a restaurarlo frente a la acción disolvente que habían ejercido contra él los más diversos factores. Sin voluntad de reduccionismo intentaré poner en evidencia esta intención al tratar de asuntos tan distantes como la cosmología, la ontología o la epistemología de Platón. Para ello es, pues, imprescindible que recordemos los acontecimientos históricos más significativos que contribuyeron a formar su conciencia y que incluso le determinaron a entregar su vida a la filosofía, a falta de otra vía mejor para contribuir a solucionar los problemas de su patria.

La invasión persa a principios del siglo V y las necesidades comerciales de Atenas impulsaron una política basada en el dominio del mar que sería la base tanto del enorme poder alcanzado por la ciudad a escala internacional como de la radicalización del régimen democrático, cuyos excesos conmovieron a Platón. La necesidad que tenía la población ateniense de aprovisionarse de trigo y de otras materias primas imprescindibles para su supervivencia imponía la conveniencia de ejercer un control adecuado sobre las rutas marítimas que van desde el Pireo y el mar Egeo hasta Crimea pasando por el Helesponto¹. A principios del siglo V los persas enviaron embajadores a las ciudades griegas en nombre de Darío exigiendo "tierra y agua" en señal de sumisión al poder imperial del rey. Algunas ciudades se sometieron y otras, como Eretria, que se resistieron, sucumbieron ante el poderoso ejército persa. Atenienses y espartanos se opusieron a las pretensiones de los persas y los primeros pudieron protagonizar, casi en solitario, uno de los episodios bélicos más conocidos de todos los tiempos. En el año 491 a C. tuvo lugar en la llanura de Maratón la famosa batalla que

1. Cfr. J.K. Davies, *La Democracia y la Grecia Clásica*, Madrid, 1981 (1978), págs.52-3.

convirtió en míticos a los combatientes atenienses que triunfaron contra los persas en defensa de la libertad de toda Grecia. Platón recuerda en las *Leyes* este episodio como un momento ideal en la historia de Atenas. Alaba el "antiguo régimen" (*Leyes* III, 698b) que lo hizo posible, basado en el temor respetuoso a la ley y en una constitución que otorgaba los cargos políticos según cuatro categorías de ciudadanos.

Solón había establecido, efectivamente, en torno al año 594 o 593 un nuevo sistema constitucional basado en cuatro categorías de ciudadanos según los ingresos de que disponían, evaluados en medidas de granos o líquidos. Su intervención tuvo lugar en un momento de graves conflictos sociales entre la aristocracia y el pueblo, que estaba sometido probablemente a un gravoso régimen de cargas hipotecarias sobre la tierra. Solón llevó a cabo muy diversas medidas, entre las que destaca la supresión de estas deudas y el rescate de deudores que habían sido vendidos como esclavos, para restablecer una situación de equilibrio o *buen orden (eunomía)* entre las partes. No cabe duda de que algunas de sus medidas legislativas aumentaron la libertad del individuo frente al poder del *génes* o clan familiar. En este sentido hay que interpretar, por ejemplo, la posibilidad que se daba ahora de testar legando la tierra a una persona que no perteneciera a aquél. El establecimiento de las cuatro clases creaba un criterio económico para la distribución del poder político que acababa con no pocos privilegios de la aristocracia². Según nos cuenta Aristóteles (*La Constitución de Atenas* 7), las diversas magistraturas quedaron reservadas a las tres primeras clases, es decir, a los ciudadanos productores de quinientas medidas anuales, a los caballeros (trescientas medidas) y a los zeugitas (doscientas medidas), mientras que se concedió participación solamente en la Asamblea y los tribunales a los jornaleros o integrantes de la clase inferior de los *thétes*. No es probable que la Asamblea tuviera en este momento un papel político muy importante, pero

2. Cfr. O. Murray, *Grecia Antigua*, Madrid, 1981, pág. 181.

Solón creó los tribunales de apelación contra las órdenes de detención de los magistrados. Aristóteles da mucha importancia a esta medida que hace de Solón uno de los fundadores de la democracia ateniense, porque "al ser el pueblo soberano en los votos viene a ser señor del gobierno" (*La Constitución de Atenas* 9). Estos tribunales serán el origen de los tribunales populares posteriores.

Las clases creadas por Solón guardan, por otra parte, una gran relación con la participación de los ciudadanos en el ejército. Las dos primeras (los ciudadanos de quinientas medidas y los caballeros) participaban en la caballería, mientras que la clase de los pequeños propietarios (los zeugitas) formaban parte de la infantería ligera, los hoplitas, que desempeñaron un papel heroico en Maratón. Hay que tener en cuenta que los ciudadanos tenían que costearse su propio equipo militar y, en consecuencia, podían reclamar la parte que en justicia les correspondía en la administración de los asuntos del estado. La clase de los *thétes* sólo sería movilizada excepcionalmente y probablemente sus integrantes no formaban parte del censo militar³.

Solón introdujo igualmente, si es cierto el testimonio de Aristóteles, el sorteo para el otorgamiento de las magistraturas, pero en una forma mixta, ya que tenía lugar entre los candidatos previamente designados por cada una de las tribus. Para la elección de los nueve arcontes, por ejemplo, las tribus elegían diez candidatos cada una y luego se hacía el sorteo entre ellos. Platón e Isócrates (cfr. *Areopagítico* 21-23) criticarán el empleo del sorteo, porque, sin estas limitaciones previstas por Solón, en la democracia radicalizada que ellos conocieron, pondrá el gobierno en manos de una masa inexperta sin atender al mérito de los ciudadanos.

Después del período de tiranía de los Pisistrátidas, volvieron a recrudecerse las disputas entre partidarios de la oligarquía y los demócratas, que se decantaron favorablemente del lado de estos

3. Cfr. J. Ellul, *Historia de las Instituciones de la Antigüedad*, Madrid, 1970 (1967), pág. 48; O. Murray, *opus cit.*, pág. 181-2.

últimos. Clístenes emprendió un programa de reformas en torno al año 508 o 507, que supondrá un debilitamiento del régimen aristocrático de las *fratrías* con el que se controlaba el acceso a la ciudadanía y la distribución de cargos. El fundamento de la reforma consistió en la sustitución de las cuatro tribus tradicionales de Atenas por diez nuevas tribus compuestas a su vez por tres *tritias* o demarcaciones territoriales, pertenecientes a tres zonas geográficas diferentes, la costa, el interior y la ciudad. Con esto se sustituía la antigua organización aristocrática basada en adhesiones e influencias territoriales por una organización política que diluía el poder de los nobles en nuevas tribus cuyos miembros se reclutaban en zonas muy diversas del estado. Solón había creado un Consejo de cuatrocientos miembros que ahora pasó a tener quinientos, cincuenta por cada tribu, que se elegían por sorteo de una lista previamente seleccionada por los *demosi* o circunscripciones locales. El Consejo establecido por Clístenes tendrá importantes funciones en la administración de un régimen democrático no representativo, como será el ateniense, en el que los ciudadanos decidían directamente en la Asamblea las cuestiones que se sometían a su consideración. Sus funciones consistirán en preparar el orden del día de la Asamblea, pero estará dotado de las competencias administrativas necesarias para garantizar el cumplimiento de lo decidido en ella.

Clístenes, al quebrantar la organización tradicional de la tribu, que posibilitaba el control aristocrático de los resortes del poder, puso sin duda las bases del régimen democrático. Pero este régimen de *isonomía*, que garantizaba una igualdad superior al ideal del *buen orden* preconizado por Solón, tenía, sin duda, suficientes restricciones que le alejaban todavía de la democracia radicalizada denostada por Platón. Precisamente a estas restricciones debe hacer referencia Platón cuando en el texto ya citado de las *Leyes* alaba el *antiguo régimen* e Isócrates, de la misma manera, en el *Areopagítico* (16) contrapone su ideal de la *pátrios politeía*, basado en la democracia limitada de Solón y Clístenes, a la constitución vigente de la última etapa

de las reformas radicales de Efialtes y Pericles. Tanto Isócrates (*Areopagítico* 37 y sgs.) como Aristóteles (*La Constitución de Atenas* caps. 23 y 25) coinciden en atribuir un papel importante en este sentido al Areópago. Este consejo, de carácter aristocrático, integrado por los que habían sido arcontes, era “el guardián de la constitución” y llegó a tener importantes funciones en la interpretación de las leyes, la administración de justicia y en materia de moral y costumbres.

Un hecho trascendente en la democratización del régimen ateniense fue la política marítima impulsada por Temístocles. Cuando se descubrió un nuevo filón en las minas de plata de Laurión en el año 483, Temístocles sostuvo que había que emplear estos recursos económicos en la construcción de una flota. La importancia de esta medida en la política exterior ateniense es evidente, ya que la poderosa escuadra se convirtió en el brazo armado que permitió a la ciudad la construcción de un gran imperio, pero su significado para el propio régimen político de Atenas fue también de enorme importancia. *La República de los Atenienses*, obra anónima, que se debe sin duda a un partidario de la oligarquía ateniense, tiene perfectamente claro el significado político que tuvo para el estado la dependencia de la escuadra, cuando afirma que “es justo que allí salgan mejor librados los pobres y el pueblo que los nobles y los ricos por una razón, porque el pueblo es quien impulsa las naves y quien da su fuerza a la ciudad...mucho más que los hoplitas, los nobles y los aristócratas”⁴.

La invasión de los persas había dado el argumento inmediato para la construcción de una flota que debía impedir un nuevo desembarco del ejército invasor. Desde este momento, la política ateniense se debate en torno a dos opciones, la democrática radical

4. Cfr. Jenofonte, *República de los Lacedemonios*, Pseudo-Jenofonte, *República de los Atenienses*, ed., trad. y notas con estudio preliminar de M. Rico Gómez, Madrid, 1989 (1973), págs.84-5.

interesada en el mantenimiento del poder marítimo, que daba un nuevo protagonismo a la clase de los *thétes*, y la de tendencia oligárquica, que se opone al protagonismo de la escuadra, simpatiza con los espartanos y desaprueba la política imperialista desmedida de los demagogos populares. No hay duda de qué opción fue contemplada por Platón con más simpatías. Páginas después de la alabanza dedicada al espíritu de los combatientes de Maratón y ante la sugerencia hecha por Clinias de que la batalla naval de Salamina (año 480 a.C.) salvó a Grecia, el Ateniense⁵ replica que es mejor decir eso de las batallas terrestres de Maratón y Platea (479 a.C.), porque “éstas hicieron mejores a los griegos y las otras (las marítimas) no”⁶. Las trirremes, se dice allí (707a), constituyen un mal para los hoplitas que combaten, porque con las tácticas navales “hasta los leones se acostumbrarían a huir de los ciervos” (*Leyes* IV 707a). Además cuando se produce un triunfo militar debido a la escuadra, los honores, dice el Ateniense (707b), no pueden ir a lo mejor de los guerreros, porque la victoria es debida a los pilotos y remeros, “que no es gente de gran valía”.

Desde Temístocles hasta Efiates y Pericles, asistimos a una política propugnada por el partido popular que consiste en favorecer el poder marítimo, fortificar la ciudad con murallas, que la mantengan a salvo de las invasiones por tierra, y otorgar un protagonismo político absoluto a las masas populares por medio de un programa de

5. Este personaje representa en las *Leyes* la opinión del propio Platón.

6. *Leyes* 707c. Palabras como éstas dan la razón a Bowra cuando afirma que “Maratón era un mito nacional sin ser un mito democrático”. Cfr. C.M. Bowra, *La Atenas de Pericles*, Madrid, 1979 (1970), pág.25. La democracia ateniense necesitaba un hecho heroico semejante, que se lo proporcionaría la segunda oleada de invasiones persas. Aristóteles dice en la *Política* (VII 4, 1304a22 y sg.) que la muchedumbre de la escuadra, al ser responsable de la victoria de Salamina, hizo más poderosa a la democracia por la hegemonía lograda gracias al poder marítimo.

reformas que garantizara el carácter igualitario de la democracia ateniense. Efiátes atacó el poder del Areópago en torno al año 462 entablando procesos de corrupción contra sus integrantes. Cuando fue asesinado poco después, las reformas no se interrumpieron gracias a la intervención de Pericles, que se hizo con el poder y dominaría la escena política ateniense hasta su muerte. Al término de este proceso, el poder legislativo había sido conferido a la Asamblea y el judicial a los tribunales populares de justicia. El arcontado quedó abierto incluso a la clase de los *zeugitas*, se radicalizó la elección por sorteo, suprimiéndose la designación previa, que había sido mantenida por Solón y Clístenes, y se introdujo la paga por desempeño de funciones públicas, de manera que todos los ciudadanos pudieran participar en la administración del estado. Los quinientos miembros del Consejo o *Boulé*, que se iban turnando en el ejercicio de sus funciones a lo largo del año, los jurados de los tribunales de justicia, los arcontes y otros muchos funcionarios administrativos recibían su paga del estado y con ello todas estas funciones quedaban abiertas a las clases más desfavorecidas económicamente, a las que antes se les había vedado su intervención. La práctica del ostracismo, instaurada, al parecer, por Clístenes, para enviar al exilio a cualquier personalidad que pudiera suponer una amenaza para el poder popular, y la acusación de ilegalidad o *graphé paranómon*, propuesta por Pericles para la defensa de la constitución, constituían dos instrumentos eficaces para la perpetuación del sistema.

Platón ha dado una pintura tremadamente negativa del régimen democrático ateniense y de los líderes políticos que lo impulsaron. Sus críticas coinciden en muchas aspectos con el conservadurismo de otras figuras de la literatura ateniense como Aristófanes, Tucídides o Isócrates. El *Gorgias* contiene una crítica muy dura contra políticos como Pericles, Cimón, Milcíades o Temístocles. De Pericles dice (*Gorg.* 515e) que "hizo a los atenienses inactivos, cobardes, locuaces y amantes del dinero, al haber establecido por primera vez una paga por los servicios públi-

cos". Platón criticará el igualitarismo servil instaurado por estos políticos que, a su juicio, no hicieron sino alimentar las bajas pasiones del pueblo con su política exterior imperialista. Construyeron "naves, murallas y arsenales" (*Gorgias* 517c) y "llenaron a la ciudad de tributos y otras cosas fútiles de este tipo" (519a).

Después de las Guerras Médicas, en el año 478 a.C., se constituyó una Confederación de estados griegos en torno al poderío marítimo de Atenas. En un principio el motivo de la alianza era la amenaza de una nueva invasión y la protección de las ciudades que habían sido liberadas. De los aliados, unos contribuían con barcos y hombres y otros con dinero, con esos tributos a los que hace referencia Platón en el texto que acabamos de citar. La superioridad naval de Atenas la convirtió en la potencia hegemónica de esta Liga. Al principio el tesoro se guardaba en Delos, pero más tarde Atenas sufrió una importante derrota en una expedición a Egipto y, por el temor a una posible invasión, se trasladó a Atenas en el año 454 a.C. Pericles utilizó los ingresos recibidos para acometer un ambicioso programa de construcciones públicas que engrandecieron a la ciudad y le dieron un esplendor que proclamaba su poder. Platón se refiere a ello probablemente cuando menciona "las cosas fútiles" (*phlyariōn*) de ese régimen imperialista que "hincharon y ulceraron" a la ciudad. El punto de vista conservador veía con recelo esta política de Pericles y presentaba el imperialismo ateniense como una tiranía ejercida por la fuerza contra los aliados⁷.

La política imperialista ateniense entró en conflicto con los intereses espartanos y se produjeron toda una serie de incidentes bélicos a los que se puso fin temporalmente con la paz de los treinta años en el 445 a.C. Pero el enfrentamiento entre los dos bloques con sus aliados respectivos era demasiado grande como para no estallar

7. Plutarco se refiere a las críticas vertidas contra Pericles por esta utilización del dinero de los aliados. Grecia, decían sus enemigos (cfr. Plutarco, *Pericles XII*), se da cuenta de que está sujeta a una tiranía, cuando ve que Atenas se gasta como una mujerzuela en estatuas y templos el dinero que se da para la guerra.

definitivamente en una guerra abierta y larga. En el 431 se inicia la Guerra del Peloponeso que finalizará el año 404 con la derrota de Atenas, que llevará consigo la destrucción de sus murallas y la pérdida del imperio. Con esto hemos llegado ya a los primeros años de la vida de Platón.

Pericles murió en el año 429 a consecuencia de una peste que se declaró en la ciudad. Al inicio de la guerra su estrategia consistía en rehuir todo enfrentamiento con los espartanos en tierra y aprovechar los recursos que proporcionaba el dominio absoluto que Atenas tenía por mar. Había que abandonar las casas y la campiña para defender el mar y la ciudad (*Tucídides I 143*). Pericles estaba decidido a entrar en guerra porque sabía que ceder a las exigencias de los espartanos era perder la posición hegemónica que Atenas tenía en ese momento y pensaba que se les podía hacer mucho daño con el dominio de la escuadra, siempre que la ciudad se limitase a defender lo que tenía sin arriesgarse a los peligros de nuevas conquistas. Manteniendo una política firme con los aliados para evitar la defeción de éstos, al final los recursos económicos y militares de Atenas se impondrían. Esta estrategia tenía sus inconvenientes, porque los espartanos invadían año tras año el Ática y los propietarios rurales tenían que soportar la devastación de sus haciendas. Por otra parte, la población proveniente de fuera de la ciudad tenía que refugiarse dentro de las murallas y se producía un hacinamiento que agravaba la situación.

Al principio de la guerra, a pesar de las protestas iniciales contra Pericles por la estrategia adoptada, éste pudo contener las tensiones internas, por el prestigio y el control que ejercía de la situación. A su muerte se desataron las rivalidades entre los moderados, de tendencias oligárquicas, deseosos de llegar a un entendimiento con Esparta, y los demagogos radicales, empeñados en llevar la guerra hasta sus últimas consecuencias. Surgen en esta etapa políticos ambiciosos y sin escrúpulos, como Alcibíades, dispuestos a emprender cualquier acción bélica que les permitiera prevalecer sobre sus rivales y ganar así el favor del pueblo con el botín de sus

conquistas. Una de estas iniciativas, promovida precisamente por Alcibíades, fue la expedición a Sicilia, que acabó para Atenas con la destrucción de su flota y la muerte o la esclavitud de miles de sus hombres en el año 413. Después la situación interna en la ciudad se hizo prácticamente insostenible y se produjeron dos revoluciones oligárquicas en los años 411 y 404. La guerra con Esparta y sus aliados terminó en una derrota que le costó a Atenas el desmantelamiento de su imperio, la destrucción de las murallas y la suspensión temporal del régimen democrático. Los espartanos impusieron, efectivamente, un régimen oligárquico, a la terminación de la guerra, que llevó al poder a los Treinta Tiranos. Durante el breve tiempo que duró su mandato hasta la restauración de la democracia en el año 403 implantaron un régimen de terror que costó la vida o el exilio a miles de ciudadanos.

Este es el panorama que vivió Platón en los treinta primeros años de su vida. Platón fue, por excelencia, el filósofo de Atenas, porque sentía en su propio ser, como ningún otro, las desventuras de una patria que veía abocada al desastre y la perdición. Había nacido en el seno de una familia aristocrática. Su padre, Aristón, se decía descendiente de Codro, el último rey de Atenas y su madre, Perictione, estaba emparentada con Solón. A su familia no hay que atribuir una adscripción necesariamente oligárquica. Por un lado, Critias y Cármides, que participaron activamente en el régimen de los Treinta Tiranos, eran primo y hermano de su madre. Pero, por otro lado, el padrastro de Platón, Pirilampes, con quien contrajo matrimonio Perictione en segundas nupcias era, al parecer, amigo de Pericles. Es posible⁸ incluso que ni siquiera Critias y Cármides estuvieran del lado oligárquico claramente desde un principio y que se fueran inclinando hacia este bando a medida que transcurría la guerra. Hubo muchas familias ricas y nobles que

8. Cfr. J. Burnet, *Greek Philosophy, Thales to Plato*, Londres-N.York, 1968 (1914), págs. 170-1.

aceptaron el régimen de Pericles en un principio⁹ y que luego se pasaron al bando de la oligarquía por la opresión financiera a la que estaban sometidos.

En el período de la Guerra del Peloponeso hubo muchos acontecimientos que debieron convencer a Platón de que el estado ateniense era un instrumento dominado por fuerzas e intereses irracionales¹⁰. Había líderes del partido popular empeñados en continuar la guerra a cualquier precio para mantener el imperio que permitía sufragar los costes de un régimen igualitario como era el ateniense. Cuando se produjo la rebelión de Mitilene en torno al 428 ó 427 y fue sofocada por la intervención del ejército ateniense, la Asamblea decidió matar no sólo a los prisioneros, sino a todos los mitilenios mayores de edad y vender como esclavos a los niños y mujeres (cfr. *Tucídides* III, 36). Los atenienses enviaron una trirreme con estas órdenes al ejército mandado por Paquete, que esperaba allí instrucciones. Al día siguiente se arrepintieron de la decisión tomada, porque pensaron que era cruel castigar a toda la población en vez de hacer justicia sólo con los culpables. Cleón, uno de los dirigentes del partido popular en aquel momento, era partidario del castigo, consciente de que el imperio era “una tiranía sobre gentes que urden intrigas” (*Tuc.*, III, 37). Sus razonamientos muestran de manera descarnada la concepción de la política exterior ateniense preconizada por los demagogos que controlaban ocasionalmente el poder en una democracia radicalizada y asamblaria como era aquella. Las alternativas para él eran seguir con el imperio, aunque fuese injusto, y castigarles contra la justicia, por razones de conveniencia, o bien dejar el imperio y hacer de hombres buenos en una situación sin peligros (*Tuc.*, III, 40). En aquella ocasión se impuso la moderación y la Asamblea, por un ajustado margen de votos, decidió volverse atrás,

9. Esta es la opinión de G.C. Field, cfr. *Plato and his Contemporaries*, Londres, 1930, pág.5.

10. He analizado con detalle la visión platónica de la situación en *Mito y Persuasión en Platón*, *Er, Revista de Filosofía* (Suplementos), Sevilla, 1993, págs.10-43.

por lo que hubo que enviar una trirreme a toda prisa con la contra-orden, para que la población no fuera aniquilada. En otros casos, como el de Melos (416 a.C.), la moderación no logró imponerse sobre el deseo de mantener el imperio a cualquier coste.

Casos como éste debieron provocar en Platón un sentimiento contrario a las ambiciones extremas y los procedimientos del régimen democrático ateniense. Por eso no es de extrañar que en la *Carta VII* (324d) Platón nos revele las esperanzas que concibió ante la instauración de un nuevo régimen en el 404, cuando se produjo la derrota definitiva de Atenas. Él pensó que los nuevos dirigentes, entre los que estaban allegados y conocidos suyos, iban a gobernar la ciudad conduciéndola de una forma injusta de vida a una ordenación justa de la convivencia. Pero sus esperanzas se desvanecieron hasta el punto de que los nuevos gobernantes hicieron que se recordara el régimen anterior como una edad de oro. Efectivamente, el gobierno de los Treinta Tiranos situó a Atenas en una situación de guerra civil y las condenas a muerte o las confiscaciones de bienes se produjeron hasta su derrocamiento a manos de los partidarios del régimen democrático que estaban en el exilio.

Platón nos confiesa que pensaba dedicarse a los asuntos del estado tan pronto como fuera dueño de sus actos, pero esta decidida vocación política, agudizada sin duda por los problemas que vivía su patria, debió esperar indefinidamente ante la adversidad de las circunstancias. Tanto antes como después del gobierno de los Treinta Tiranos, Platón experimentó vehementemente el deseo de ocuparse de los asuntos políticos. En la restauración de la democracia, que tuvo lugar poco después, se decretó una amnistía que impedía entablar procesos por causas políticas y Platón elogia la gran equidad de los vencedores. Pero algunos de los que tuvieron un papel influyente en el nuevo régimen acusaron a Sócrates de impiedad y corrupción de la juventud y consiguieron que se condenara a muerte a quien él consideraba “el hombre más justo de su tiempo” (*Carta VII* 324e), cometiendo la gran injusticia de castigar a una persona que, con riesgo de su propia vida, se había atrevido a desobedecer

las órdenes del anterior régimen oligárquico. Este hecho convenció a Platón de que el régimen democrático ateniense seguía estando a merced de fuerzas irracionales. En este momento le abandonó además el entusiasmo que había tenido en otros momentos, porque comprendió que en una situación como aquélla, dominada por tales tensiones y conflictos, la magnitud de los medios para ponerle remedio estaba fuera totalmente de su alcance. Los temperamentos especulativos como el suyo conciben unas soluciones a los problemas de tal envergadura que nunca pueden llevarse realmente a la práctica¹¹. Platón debió darse cuenta de la imposibilidad de su empresa porque su diagnóstico de la situación era extremadamente pesimista. El régimen legislativo ateniense se hallaba, según lo veía él, en un estado "casi incurable" y hubiera necesitado "unos remedios extraordinarios acompañados de la suerte", cosa que evidentemente no estaba en manos de una persona que, sin amigos y partidarios, no representaba nada en la correlación de fuerzas de aquel momento.

Platón tenía, pues, una indudable vocación política, frustrada por la turbulencia del momento y las características de su propia personalidad. Añoraba, como Isócrates, el antiguo régimen que restringía la participación política e impedía los males de una democracia asamblearia y radicalizada, así como "las costumbres y prácticas de los padres" (*Carta VII* 325d) que idealiza frente a la corrupción "de la letra y el espíritu" de las leyes que le tocó vivir. Su visión de la

11. Véanse en este sentido los comentarios de Guthrie, que sabe distinguir el genio especulativo del talante del hombre de acción, en su *Historia de la Filosofía Griega*, Madrid, 1990, vol.IV, pág.38 y sgs. M.I.Finley ha criticado esta dimensión de la personalidad de Platón y la imagen que describe de la Atenas de aquel tiempo en la *Carta VII* como una sociedad corrupta y decadente, afectada por males incurables. El lector debería tener en cuenta su defensa de la democracia ateniense, independientemente de comprender las razones de Platón. Cfr.M.I. Finley, "Platón y la Praxis Política", en *Aspectos de la Antigüedad*, Barcelona, 1975 (1960), págs.100-118.

situación, bajo el impacto de la muerte de Sócrates, era de rechazo total y, en estas circunstancias, era natural que concibiera soluciones especulativas de alternativa total más que medidas concretas de acción inmediata. Por eso, perdido el entusiasmo del principio, dejó de esperar otras oportunidades para intervenir activamente (*Carta VII* 326a). En la *República* hay un extenso pasaje donde las críticas a una democracia de masas poseídas por la locura se unen al reconocimiento amargo del escaso papel que puede desempeñar un filósofo en tales situaciones. Éste tiene que resignarse a comprobar que no hay nadie que haga algo sensato en los asuntos de la ciudad y que no puede prestarse a intervenir sin grave riesgo para su propia vida, por lo que "busca la tranquilidad y se ocupa de sus propias cosas, como le sucede a alguien que es arrastrado en una tempestad por la polvareda y las lluvias y se aparta refugiándose bajo un muro" (*Rep.*496d).

Estas palabras describen casi exactamente la experiencia del propio Platón. La amargura y la decepción ante las escasas posibilidades efectivas que tenía de actuar, si bien le restaron entusiasmo por la acción inmediata, no le llevaron a abandonar la tarea de indagar cómo podría producirse alguna mejora en el régimen político y la vida pública ateniense (*Carta VII* 325e-326a). Las frustraciones de su vocación política le inclinaron más, si ello era posible, a la especulación filosófica y a contemplar en "la recta filosoffa" la única fuente por la que se puede llegar a concebir la justicia en la vida pública y privada. Platón estaba convencido de que "los males no cesarán para el género humano hasta que la clase de los que filosofan recta y verdaderamente llegue al ejercicio del poder o hasta el momento en que, por una gracia de la divinidad, los que gobiernan en las ciudades filosofen realmente" (*Carta VII* 326a-b, cfr.tb. *Rep.* 499b-c). Esta alianza del conocimiento y el poder fue la aspiración ideal de Platón, el gobierno concebido como un arte a salvo de la locura que representan para el estado las pasiones de la multitud o los intereses particulares.

Pero Platón no se cruzó meramente de brazos y se limitó a sus

tareas docentes en la Academia y a escribir los diálogos que han llegado hasta nosotros. En cierta ocasión intentó de alguna manera llevar a cabo su ideal de un gobierno basado en el conocimiento. Cuando tenía unos cuarenta años (387 a.C.) hizo un viaje al sur de Italia, probablemente con el deseo de estrechar lazos con las escuelas pitagóricas allí establecidas. Pero en Siracusa conoció a Dión, que despertó en él una gran atracción. La hermana de Dión, Aristómaca, estaba casada con Dioniso, tirano de Siracusa, y el mismo Dioniso se casó con una hija del tirano. El encuentro con Platón debió producir también en Dión un gran impacto y despertó probablemente en él la conciencia de unos ideales que casaban mal con el gobierno despótico de un tirano (cfr. *Carta VII* 327a). Como consecuencia de este encuentro Platón volverá a Siracusa en otras dos ocasiones para intentar llevar a la práctica sus proyectos de reformas políticas. Pero, antes de esto, volvió a Atenas y fundó la Academia, que tomó su nombre del lugar en el que estaba radicada, en las afueras de la ciudad, un emplazamiento consagrado al héroe Academos. Platón debió permanecer aquí durante los veinte años que transcurrieron hasta su nuevo viaje a Siracusa. Entre las enseñanzas impartidas en la Academia figurarían, sin duda, las matemáticas, que se contemplan en la *República* como una parte esencial en la formación de los futuros gobernantes, y estudios de legislación. Sabemos que discípulos de Platón formados en la Academia, como Erasto y Corisco¹², desempeñaron funciones legislativas, cuando volvieron a sus ciudades de origen. Es posible incluso que se hicieran estudios de ciencias naturales, si tenemos en cuenta el interés que demuestra Platón en el *Timeo* por cuestiones referentes a la naturaleza.

En el año 367 a.C. cuando murió Dioniso I, Dión llamó a Platón, pensando que había llegado ese “azar divino” (*Carta VII* 327e) que era necesario para lograr la confluencia de filosofía y poder. Platón

12. Cfr. W.K.C. Guthrie, *Historia de la Filosofía Griega*, vol.IV, pág.33-4.

no se negó a ir, a pesar de lo arriesgado del viaje y las circunstancias en las que se iba a ver inmerso. No podía negarse por su deber de amistad hacia Dión y por la causa de la filosofía. Platón no quería que se le considerase un hombre meramente de palabras que no pone en acción sus propios planes para la reforma de los sistemas políticos (*Carta VII* 328c). Era la ocasión de convencer a esa única persona capaz de llevarlos a la práctica y no podía negar a Dión los “razonamientos y la persuasión” necesarios para conseguirlo y conducir a un joven gobernante “hacia el bien y la justicia”. Pero el resultado de la experiencia siciliana fue bastante desalentador, porque Platón encontró a su llegada un ambiente contrario a Dión, que fue expulsado a los tres meses. Sin embargo, Dioniso quería que Platón permaneciera junto a él y no le dio facilidades para marcharse. Por fin pudo volver a Atenas con la promesa de Dioniso de que le haría volver junto a Dión cuando solucionara sus problemas en la isla.

Poco después, terminados los conflictos bélicos en Sicilia, en torno al 361 a.C., Platón fue por tercera vez con la promesa de Dioniso de que con su llegada se arreglarían los asuntos de Dión (*Carta VII* 339c). Influyeron igualmente los informes recibidos acerca del genuino interés que Dioniso demostraba ahora por la filosofía, que Platón conocía por su amigo el pitagórico Arquitas de Tarento. El viaje terminó en un nuevo fracaso, porque, al poco de llegar, Dioniso vendió los bienes de Dión a espaldas de Platón. Después de estar retenido contra su voluntad una vez más, Platón consiguió hacer llegar una carta a sus amigos de Tarento que le enviaron una embarcación con el ruego a Dioniso de que le dejara marchar. Platón salió contento con poder salvar la vida. A su llegada al Peloponeso, Dión le pidió que se uniera a él en una expedición de venganza contra Dioniso. Platón se negó, entre otras razones, por los lazos de hospitalidad que le unían a éste último, que le había dejado partir sano y salvo. La expedición, que se vio acompañada por el éxito, terminó, sin embargo, con el asesinato de Dión y con una Sicilia ensangrentada por las luchas civiles.

"Nos preocupamos a la vez de los asuntos privados y de los públicos, y gentes de diferentes oficios conocen suficientemente la cosa pública; pues somos los únicos que consideramos no hombre pacífico, sino inútil, al que nada participa en ella, y además, o nos formamos un juicio propio o al menos estudiamos con exactitud los negocios públicos, no considerando las palabras daño para la acción, sino mayor daño el no enterarse previamente por la palabra antes de poner en obra lo que es preciso. Pues tenemos también en alto grado esta peculiaridad: ser los más audaces y reflexionar además sobre lo que emprendemos; mientras que a los otros la ignorancia les da osadía, y la reflexión, demora."

Palabras de Pericles en Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*, II, 40¹.

1. La traducción es de F.Rodríguez Adrados.

Indice general

Prólogo	9
Introducción	
Antecedentes históricos.	11
Los Diálogos.	29
Los Retos del Pensamiento Platónico	34
La Teoría de las Formas	44
Los Diálogos iniciales.	47
Los Diálogos Intermedios: <i>Crátilo, Fedón y República.</i>	50
El Parménides y los Diálogos Tardíos.	66
El Platón Esotérico	78
La Cosmología de Platón	91
Inteligencia y Necesidad.	96
El Demiurgo, el Modelo de la Creación y el Receptáculo del Devenir.	99
La Creación del Mundo.	104
El Alma del Mundo y la Astronomía.	108
Las Matemáticas y los Elementos.	115
El Alma	123
La Herencia de Sócrates.	123
Del Intelectualismo Socrático a la Teoría Tripartita.	127
	187

El Alma y el Origen del Movimiento.	139
Ética y Política	142
Individuo y Estado	142
La División de la Ciudad en clases.	146
La Teoría de la Justicia en la República.	157
Platón y el Totalitarismo.	161
La Última Etapa del Pensamiento Político de Platón.	165
Bibliografía	173
Indice de Nombres	179